

Christopher Hill. De la Reforma a la Revolución Industrial (1530-1980). Ariel, Barcelona, 1980, 352 pp.

El original, en lengua inglesa, de esta obra fue publicado a finales de la década de los sesenta en Gran Bretaña y, posteriormente, traducido a otros idiomas. Christopher Hill, gran especialista del siglo XVII inglés, nos ofrece, en este libro, un planteamiento de aquellos factores que hicieron posible el surgimiento del capitalismo industrial en Gran Bretaña. Desde el momento de la implantación de la Reforma protestante, en la primera mitad del siglo XVI, hasta finales del siglo XVIII, Hill estudia varios problemas fundamentales como cuestiones de Estado, unificación nacional, avances de las técnicas financieras, agricultura. . . , en suma, un panorama de la transformación de la sociedad inglesa en un largo periodo de tiempo, 250 años, cuya unidad considera el autor que está representada por la existencia de rasgos permanentes de una "economía atrasada": una sociedad predominantemente agrícola, con técnicas de cultivo que no permitieron en muchos siglos liberarse del espectro del hambre. Las fábricas, a finales del siglo XVII, permitían ya una mejora en el uso de artículos necesarios, incluso de las clases bajas (p. 21).

El cambio hacia la sociedad de la revolución industrial fue lento. Hill pone constantemente de relieve la interacción entre la economía y la política. Resalta diversas actitudes del Estado que directa e indirectamente tuvieron repercusiones en la evolución del comercio y de la industria, unido a las transformaciones que, en buena parte, se habían iniciado anteriormente, pero cristalizaron o alcanzaron un nuevo impulso de desarrollo en el

mundo renacentista. La monarquía autoritaria de los Tudor tuvo uno de sus fuertes puntales en la profunda conmoción del horizonte religioso que fue la Reforma protestante, en Inglaterra promovida por la misma Corona, que obtuvo de este modo importantes bazas económicas y políticas. La incautación de los bienes de la Iglesia católica le proporcionó una importante reserva de riqueza y la posibilidad inmediata de especulación. La ruptura con Roma, en un mundo impregnado de religiosidad no podía ser más que esencial, ya que la religión era la identificación del individuo, por encima aun de la pertenencia a una nación. Señala Hill cómo los primeros reformadores protestantes fueron acérrimos partidarios de la monarquía inglesa (pp. 39-40). La nacionalización de la Iglesia, de la cual pasaron a formar parte todos los ingleses sirvió de instrumento al rey protestante para consolidar la unificación nacional. Como dice Hill, durante 250 años patriotismo y protestantismo estuvieron estrechamente ligados (p. 46). Pero, ¿cuál fue la política de la Corona con respecto al comercio y la industria? Hill considera que no fue la política de los Tudor, ni la de los Estuardo idónea para el florecimiento del comercio, que pusieron obstáculos importantes para el libre desarrollo de la industria, pero el balance de la política estatal, en este periodo, fluctuante o paternalista, fue, en ciertos aspectos positivo para los mercaderes. Estos, por una parte, salían beneficiados del aparato unificador del Estado-Nación, ya que las transacciones se hacían más fáciles con la desaparición de la diversidad de monedas, medidas, aduanas internas; con la posibilidad de una protección hacia el exterior y la unificación del sistema legal. Ahora bien, la Corona, no quiso, o no pudo, servir los intereses de los comerciantes en su totalidad, mientras que la actividad

de estos crecía y su poder aumentaba paulatinamente, sus formas de organización se perfeccionaban y se inscribían en una sociedad que iba transformando sus relaciones. Los Tudor, en contra de lo que se ha presentado a veces, no tuvieron una política estudiada para proteger la industria o fomentar el comercio; las medidas isabelinas se debieron más a un temor al desorden social y muchas de ellas opusieron serios obstáculos al desarrollo de sectores de la economía. Niega Hill la acción promotora de la Corona, "En el mejor de los casos, la política gubernamental habría perpetuado una economía reducida, de ciudad pequeña, en Inglaterra" (p. 108).

Pero hubo una alianza entre los comerciantes y un sector de la "gentry" que jugó un importante papel en la revolución del siglo XVII. El gran conocedor de la Revolución inglesa considera que ésta marca un hito en el proceso de la evolución haciendo posible por medio de cambios políticos, desde 1640-1660, importantes progresos y transformaciones en el comercio y la agricultura que permitirían a Inglaterra distanciarse del resto de Europa occidental en el despegue hacia el mundo industrial moderno (p. 23). La revolución del siglo XVII significó la reacción de las nuevas fuerzas, económicamente dominantes contra la política de los Estuardo y la imposición de nuevos preceptos morales que sirvieran los intereses de estas fuerzas en ascenso (p.111). La importancia del puritanismo en el régimen de trabajo necesario para una empresa capitalista se subraya por el sentido del ahorro del tiempo, la implantación de un horario regular para las comidas, para el descanso, abolición de las fiestas santas, ritmo ordenado de trabajo. . . La revolución fue determinante para los nuevos derroteros

de la economía, "La destrucción de la burocracia real en 1640-1641 cabe considerarla como el acontecimiento más decisivo en la historia de Inglaterra" (P. 112). . . , "mientras que el nuevo sistema fiscal contribuyó a la acumulación y concentración de capital" (P. 208). Después de la Restauración, la corona se hizo, en gran parte, dependiente de los préstamos de los mercaderes y financieros, lo cual hizo que algunos de ellos aprovecharan para aumentar sus privilegios y beneficios. . . ; las finanzas progresaron, se creó el Banco de Inglaterra; los impuestos pasaron a manos de los ricos mediante el pago de intereses sobre la deuda pública. . . se estableció, en épocas, un tráfico de escaños en el Parlamento que recaían sobre los más adinerados (p. 246). Prerrequisito de la Revolución industrial era contar con mercados coloniales amplios, estables y monopolizados. En el siglo XVII, el comercio exterior de Inglaterra aumentó casi el doble hasta 1780, casi el triple hasta 1800. La concatenación de toda la serie de factores de los que Hill trata en su trabajo hicieron posible el paso cuantitativo y cualitativo a la economía de fábrica, expresión que resulta pequeña para designar la profunda transformación con la que se inicia el mundo contemporáneo. El libro de Hill no es el único de un gran autor que estudia las diferencias que hicieron de Inglaterra el primer país industrial, pero su lectura es imprescindible por la importancia del planteamiento de las profundas conmociones que sucedieron en el siglo XVII y su repercusión en el futuro. El acceso al poder de unos grupos sociales, la presión de éstos en los órganos gubernamentales y legislativos, el planteamiento de una nueva moral, de hábitos de pensamiento diferentes a los que reinaban en buena parte del continente, la posibilidad de una gran expansión a través del mundo, etc. Todo ello, en innegable relación, en

influencia y dependencia mutua, plantea la complejidad de esta evolución. 

María Fernanda G. de los Arcos

Pierre Vilar, Iniciación al vocabulario del análisis histórico, Grijalbo, Barcelona, 1980, 315 pp.

Una buena parte de este libro es la versión española de la publicación a mimeógrafo de un curso de metodología de la historia que dio su autor en la Universidad de París para estudiantes de licenciatura, en el año universitario de 1972-1973. La última parte del curso, "El vocabulario económico en el pensamiento histórico", ha sido sustituida, en la versión española por dos artículos ya publicados anteriormente. El primero "Capitalismo" en "Economía e Storia", *II mondo contemporaneo*, La Nuova Italia, Florencia, 1978, pp. 11-13; el segundo, "¿Economía campesina?" en *La economía agraria en la historia de España*, Alfaguara, Madrid, 1978.

Este libro va destinado a aquéllos que se inician, y a los que ya se iniciaron, en la investigación histórica. La complejidad y la dificultad de la tarea del historiador no trata de ocultarse en esta iniciación al vocabulario histórico, al empleo de los conceptos fundamentales. La utilización de estos conceptos en modo alguno trata de presentarse simplificada sino que, por el contrario, Vilar nos alerta contra toda ligereza, contra toda caída en soluciones fáciles, contra el empleo abusivo o no riguroso de conceptos, cosa que sucede a menudo. El oficio de historiador visto como un trabajo para el que hay que rodearse de modestia es la lección de Vilar.

Esta actitud de modestia parapetaría al investigador contra todo afán de teorizar alegremente sobre cuestiones cuya realidad no conoce lo suficiente, contra esa actitud de ignorante desprecio hacia el trabajo empírico de descubrimiento y elaboración de la información, base previa e imprescindible para cualquier interpretación, para la posible construcción de una teoría. No puede ser más saludable que esto de la pluma de uno de los más famosos historiadores marxistas, de gran reputación dentro del mundo de lengua española, donde se reacciona contra el uso y el abuso de tipo de historia que se ha llamado a sí misma marxista y que en muchos casos se convertía en la expresión de una autosuficiencia, escasamente informada, repetidora de conceptos que, a fuerza de carecer de reflexión y de cuidado en su empleo no pasaban de dogmas vacíos, intercalando, por "obligación", frases de Marx, Engels, Lenin. . . vinieran o no vinieran a cuento. Las páginas de Vilar nos repiten de un modo sugestivo que nada se ha dicho de manera definitiva en la historia, que el campo sigue abierto para el estudio y la investigación, campo cada vez más rico, complejo y transitado. El estudiante, el historiador, todos aquéllos que no creen que su aprendizaje haya terminado, encontrarán en este libro un espíritu de aliento en el complicado camino hacia el análisis de las realidades "complejas en el espacio y cambiantes en el tiempo". El estudio de la historia no puede ser, tampoco, en modo alguno, una larga recolección de datos, sino la explicación de los mecanismos, de las fuerzas que intervienen para mantener el orden de las sociedades, para suscitar tensiones, para promover cambios. . . Pero, ¿cómo analizar la información? He aquí lo que presupone largos años de estudio y de experiencia. Con una capacidad de crítica que parece inagotable,